



BOLETIN DEL CLERO

DEL

Obispaado de Leon.

CONFERENCIAS

PREDICADAS POR EL R. P. FELIX,
JESUITA, EN LA CUARESMA
DE 1853.

CONTINUACION.

Al cabo de quince siglos, la santidad cristiana ha florecido sobre ese viejo tronco del catolicismo cuya sávia se rejuvenece con los siglos, y la Iglesia Católica acusada en aquellos tiempos por hijos revoltosos de no ser mas que una Babilonia prostituida á todas sus corrupciones, ha demostrado á este siglo corrompido su pureza virginal, y para confundir á sus detractores, se ha ceñido á

si misma una corona de Santos.

Hoy mismo, en medio de este siglo cuyas profundas llagas y cuyas enfermedades morales os he revelado ¿creeis que podemos desesperar de la santidad cristiana? ¿creeis que no tenemos Santos en estos dias de maldad? ¡Santos! ¡Ah! ¡Bendito sea el cielo! Yo los he encontrado en mi vida, y como en todas las edades de la Iglesia, los he encontrado bajo todos los trages, en todos los rangos y en todas las condiciones; y al reconocer en ellos heróicos hermanos míos, yo he dicho sonriendo á mi madre la Iglesia Católica: «Bendita seas,

«madre mia, tu eres la religion
»de los Santos.»

Vosotros decis, ¿donde están los Santos? nosotros jamás los hemos encontrado. Quizás sea así, y esa es la desgracia de vuestra vida. ¿Vosotros no habeis encontrado Santos! ¿y en qué caminos los habeis buscado? Vosotros correis por los caminos que conducen á la gloria, por los caminos que conducen á la riqueza, por los caminos que conducen al placer, quizás por los caminos que conducen á la disolucion, ¿y no habeis encontrado Santos! ¡Ah! lo comprendo muy bien; la vida de los Santos sigue otros caminos. Id á las vias que conducen á la virtud, á todas las vias que conducen á la abnegacion y al sacrificio, id á los caminos de la cruz, y allí encontrareis Santos siguiendo las huellas del Crucificado, y con él pidiendo á su Calvario el progreso de la humildad; allí encontrareis hoy al cristianismo tal y como fué en todo tiempo y en todas partes: la Religion que hace Santos. Los Santos están en su cuna, los Santos están en el centro de su vida secular, y hélos tambien aquí á nuestra vista, mos-

trando en la santidad contemporánea los frutos de su inagotable fecundidad, y atestiguan- do con la perpetuidad de este milagro, siempre antiguo y siempre nuevo, que como en el cristianismo, la verdad es inde- fectible, la santidad es inmor- tal.

Todo lo proclama y todo lo revela así, «el cristianismo es la santidad.» Yo lo atestiguo con el ideal que se propo- ne; yo lo atestiguo con la ne- cesidad invencible que siente en el fondo de sus entrañas, yo lo atestiguo con todas las gran- des fases de su historia: «El cristianismo es la santidad. Fá- cil es discernir entre el cristia- nismo verdadero y el cristia- nismo falso. El cristianismo verdadero produce Santos, el cristianismo falso no produce Santos; mirad ahora al rededor de vosotros y decidme, ¿don- de están las doctrinas, las en- señanzas, las instituciones, los hombres, los apóstoles que pro- ducen Santos? ¿qué Santos pro- ducen vuestras filosofías? ¿qué Santos vuestras academias? ¿qué Santos vuestros ateneos? ¿qué Santos vuestros libros? ¿qué San- tos vuestros periódicos? ¿qué Santos vuestros apostolados?

Pues que no levanten la bandera de Jesucristo. ¡Oh literatos encantadores! ¡oh escritores elocuentes! ¡oh adoradores de la razón! ¡oh apóstoles del progreso! ¡oh soldados de la idea! vosotros que os llamais cristianos y que haceis la guerra al cristianismo que os ha bautizado, decíme ¿donde están los Santos que habeis producido? ¿donde está el jóven que habeis hecho humilde? ¿donde está el jóven que habeis hecho casto? ¿donde está el jóven que habeis hecho Santo? ¿Qué cristianismo es ese, que no produce nada de lo que el cristianismo ha producido en todas partes y en todos los tiempos?

Santos hay en nuestros dias; Santos son los que rechazan el orgullo del siglo, la codicia del siglo, el sensualismo del siglo, los que desprecian con corazón esforzado y hollan con pie desdeñoso los ídolos del siglo. ¿Quién produce esos Santos? El cristianismo verdadero; el cristianismo de la Iglesia católica, no ese cristianismo falso, que conservando aun el nombre de Cristo, dá la mano derecha á Mahoma y la izquierda á Zoroastro; cristianismo adúltero en que Confucio y Budha

tienen su rango gerárquico al lado de Jesucristo. Ya es tiempo de separar y distinguir el cristianismo verdadero del cristianismo falso, ya es tiempo de que se sepa donde están los verdaderos cristianos, de que se les reconozca por este signo, «la santidad;» ya es tiempo de que asi como S. Pablo dirigiéndose á los primeros cristianos decia: «A los Santos que están en Corinto; á los Santos que están en Roma; á los Santos que están en Tesalónica;» podamos nosotros tambien decir al enviaros la palabra de Jesucristo: A los Santos que están en Francia, á los Santos que están en Paris.

Rompamos con ese cristianismo blasfemo, en que se puede negar la divinidad de Jesucristo sin apostatar de la religion de Jesucristo; rompamos con ese cristianismo impuro en que se pueden satisfacer las pasiones sin renegar prácticamente de la moral de Jesucristo, con ese cristianismo cruel en que se puede fraguar el asesinato de sus hermanos, sin hacer traicion á la fraternidad de Jesucristo; rompamos, en fin, con ese cristianismo, en que Jesucristo Dios-hombre no

es ya ni el ideal, ni la vida, ni la acción de los cristianos, siempre impotente para producir con la santidad el verdadero progreso moral. Ha llegado la hora de escoger entre el cristianismo verdadero y el cristianismo falso: el uno es la decadencia, el otro es el progreso; elegid...

SEGUNDA CONFERENCIA.

Los Santos, hombres de progreso.

I.

El verdadero cristiano tiene un carácter que le distingue, una señal por la que se le reconoce en todas partes: la santidad, la facultad indestructible de producir Santos. La santidad es el ideal, es la vida íntima, es el gran milagro del cristianismo. El ideal del cristianismo es Nuestro Señor Jesucristo, es decir, la santidad divina en persona, presentándose á nuestra vista bajo una forma humana, y grabando por el hecho en el alma del cristiano, al mismo tiempo que su propia imágen, la efigie de la santidad, la santidad misma.

La vida íntima del cristianismo es también Jesucristo; pero Jesucristo que vive en el cristiano, comunicándose al hombre la vida de Dios por la mediación del Dios hombre.

Pues bien; la necesidad íntima de esta vida divina que se constituye en nosotros por Jesucristo, es la de ser perfectos como Dios, Santos como Jesucristo: los verdaderos cristianos tienen la necesidad íntima de ser Santos.

La historia del verdadero cristianismo es también y siempre Jesucristo; Jesucristo manifestándose en los espacios y en los siglos, y manifestando su vida por la acción de los cristianos.

Tales el cristianismo; bajo cualquiera de sus grandes fases que se le considere, siempre nos descubre el mismo carácter; la santidad. Se puede cerrar los ojos para no ver este gran prodigio; se puede querer velar su esplendor y achicar sus proporciones, pero siempre permanece, y en su inalterable brillo y en su inviolable majestad se eleva muy por encima de la región de las preocupaciones.

Esta verdad, en el punto

de que tratamos, tiene una gravedad inmensa, porque si es cierto que el cristianismo es la santidad, no lo es menos que la santidad es el progreso, es decir, que es el grande impulsor dado por la santidad al progreso moral, y por consecuencia á todos los demas progresos.

¿Habeis meditado alguna vez sobre este procedimiento tan divinamente sencillo, empleado por Jesucristo para reformar el mundo é inaugurar el progreso de las naciones? Una sola cosa pide desde luego Jesucristo al hombre, su propia perfeccion. No le exige la perfeccion en la ciencia, en el arte, en la legislacion, en el bienestar. No le dice: progresa científicamente, artísticamente, literariamente, materialmente, socialmente, le dice tan solo: progresa *humanamente*, llega á ser un hombre perfecto. Hacer mejores á los hombres relacionándolos segun la imágen de Dios y conduciéndolos á su fin, tal fué la mision del divino Reformador, tal el cuidado que dominó su vida hasta el punto de que puede creerse olvidó ó desdeñó todos los demás. Pero al dejar en un olvido aparente

á los otros progresos, que todos los reformadores proclaman y profetizan, desde luego, Jesucristo, como lo veremos en su lugar, preparaba de antemano en el *progreso humano* los gérmenes fecundos y los dichosos resultados de los demas progresos. Progresad en vosotros mismos y progresareis verdaderamente en las ciencias, en las artes, en la legislacion, en todo lo que es verdadero, bello, bueno, útil y saludable; y todo marchará en una grandeza y en una armonía cada vez mas elevada, al fin supremo de la creacion.

De este modo concibió y construyó el divino Arquitecto el edificio del progreso, colocando la santidad en su base y en su cima, porque para Él ese edificio es su templo, cuyas piedras vivas son los hombres perfectos, y templo en el que Él se halla en todas partes.

Con esto solo, Jesucristo ha hecho una cosa decisiva para los destinos del mundo, colocando á los Santos á la cabeza del progreso: verdad elemental, hoy demasiado olvidada, y que yo voy á mostraros en toda su claridad, probando que los Santos son los verdaderos motores,

los verdaderos jefes del progreso humano.

Esta afirmacion inesperada acaso sorprenda á muchos hombres, y en un siglo en que la parte de los Santos se considera tan pequeña con respecto á la vida de nuestros destinos, acaso choque por lo nueva una idea tan antigua en el cristianismo. Esta verdad no tiene, lo sé, la universal popularidad que tuvo en los anteriores siglos; pero el poder de la palabra, no quiero yo pedirlo á la popularidad, sino á la verdad; y si para salvaros fuera preciso deciros la verdad impopular, sin dudas ni vacilaciones os la diria. Pero cada dia os conozco mejor, y me persuado de que al presentaros esta verdad, la acogereis todos como á una verdad simpática, no como á una verdad impopular.

Sí, los Santos son en la tierra los verdaderos conductores del progreso de la humanidad. Para decirlo tengo esta razon que voy á procurar desarrollar, á saber: Los Santos son en sí mismos los hombres mas realmente progresivos, y comunicándose el movimiento á que obedecen, á la humanidad de que forman parte, llegan

á ser por la fuerza misma de las cosas la gran impulsión que el progreso tiene en el mundo.

II

¿Por qué los Santos deben ser llamados los hombres mas progresivos? Porque son realmente los hombres mas grandes de la humanidad, y su grandeza es la grandeza en el órden. Podria decir aquí, que los Santos no son, como tales Santos, estraños á ninguna de las grandezas que pueden ilustrar á los hombres, y no han sido fatalmente desheredados de los dones que la Providencia deja caer lo mismo en el alma del bueno que en la del malo. El genio no va necesariamente unido á la santidad; pero tampoco está necesariamente separado de ella. Ahora bien; cuando Dios enciende en el alma de los Santos esa llama invisible á la que se da el nombre de genio, hé aquí lo que generalmente sucede. Los Santos producen las obras mas bellas del hombre, y llegan á ser las mas grandes de los hombres, aun en aquello que no constituye el principio de su grandeza; los mas grandes de

los filósofos, si son filósofos; los mas grandes de los políticos, si son hombres políticos; los mas grandes de los capitanes, si son capitanes, y si son Reyes los mas grandes de los Reyes.

¿Por qué? ¿De dónde procede á los Santos esa grandeza eminente, esa incontestable superioridad? De que, supuesto igual genio, los santos, mas que los otros hombres, poseen el instinto de lo verdadero, que es lo que forma los grandes filósofos; el sentido de lo bello, que forma los mejores artistas; el genio del orden, que forma los mejores hombres políticos; el amor á la patria, que forma los mas grandes héroes; el amor de los pueblos, que forma los mejores Reyes; la pasion por el sacrificio que forma los bienhechores de la humanidad y los salvadores de la sociedad.

De la union del genio y de la santidad en el filósofo, nace la filosofía mas elevada, que se llama San Agustin ó Santo Tomas. De la union del genio y de la santidad en el orador, nace la elocuencia mas poderosa, que se llama San Bernardo ó San Crisóstomo. De la union del genio y de la santidad en

el artista, nace el arte mas puro, que se llama el Beato Angélico. De la union del genio y de la santidad en los Reyes y en los capitanes, nacen los mayores capitanes y los mejores Reyes que se llaman San Fernando en España, San Eduardo en Inglaterra, San Luis en Francia. Por último, de la union del genio y de la santidad en los hombres que han recibido la mision de socorrer y de salvar, nacen los salvadores mas ilustres y los bienhechores mas famosos de la humanidad, que se llaman San Leon ó San Gregorio.

Los Santos, pues, como Santos, no son estraños á ninguna grandeza verdadera del hombre, á ningun verdadero progreso del mundo. Ciencia, filosofía, artes, literatura, etc., todo lo que es verdadero, bello, legítimo, grande, se concilia con la santidad, y ha tenido ilustres personificaciones en los Santos.

Pero no es esto lo que hace de los Santos los hombres progresivos. En los verdaderos Santos hay otra cosa mas grande que estas grandezas y esa cosa es su santidad. El Santo como Santo, es mas grande que el filósofo, que el poeta, que el

artista, que el conquistador, que el político, mas grande que todo lo que es del hombre, porque la santidad es la perfeccion del hombre mismo, es el mérito personal, es el valor humano engrandecido por la gracia divina. Cuanto mas Santo es un hombre, mas con el auxilio de Dios se eleva y perfecciona, mas crece en valor como hombre, y como ser humano. Las otras grandezas de que hemos hablado son atributos, privilegios, prerogativas, ornamentos del hombre; la santidad es el hombre mismo, el hombre grande con su verdadera grandeza, el hombre adornado de la mas alta majestad.

Si, en la santidad se encuentra la verdadera grandeza de estos Reyes de la humanidad, por ella constituyen esa aristocracia de los hombres, porque solamente por ella son los mejores, los mas grandes de los hombres. En un lenguaje consagrado por un uso que no quiero calificar, los hombres ilustres por la ciencia, por la palabra, por la conquista, etc., son llamados grandes hombres. Para darles un nombre que les cuadrará mejor, debia llamárseles grandes pensadores, gran-

des oradores, grandes políticos, porque se puede ser lo que ellos son, y no poseer la verdadera majestad del hombre. Hay muchos hombres á quienes se llama grandes, que mirados bajo el punto de vista de nuestra verdadera grandeza parecerian muy chicos, y ni el mismo genio pesa mucho en esta balanza, donde se pesan los hombres segun lo que valen como tales; y diga lo que quiera la poesía, nunca afirmará la verdad que el genio es una de nuestras virtudes.

El verdadero grande hombre es el Santo, porque el Santo es grande por su grandeza personal; es el mas magnánimo, el mas desinteresado, el mas caritativo, el mas intrépido, el mas paciente, el mas fuerte, el mas dulce, el mejor bajo todos los puntos de vista, el mas semejante á Dios, y si puedo expresarme así, el hombre mas grande que el hombre, el hombre mas divino.

Notad cómo todas las grandes almas adivinan en la santidad esa grandeza primitiva. Cuando se encuentran en presencia de un verdadero Santo, conocen, por la necesidad de respetar que sienten, que se

han puesto en contacto con una majestad mas digna de veneracion que lo demas que se venera en el hombre. La grandeza de los Santos se siente y se refleja en su fisonomía, que no se parece á ninguna otra por su belleza, por su majestad. Hé aquí la causa de que los artistas que conservan, no ya el sentido del cristianismo puro, sino el sentido de la grandeza humana, se sienten atraídos por un encanto que no cesa, hácia esas fisonomías incomparables en las que ven los mas bellos reflejos del ideal con que sueñan, experimentando al pintarlas una elevacion que trasfigura su arte, y á veces sus propios corazones.

Y lo que decimos de la grandeza de los Santos, de que su fisonomía es el reflejo visible, debe decirse de todos los Santos, sea cual fuere la perspectiva en que nos les presentan los siglos. Oigo decir que algunos escritores ingeniosos distinguen entre los Santos antiguos y los modernos. Los Santos del cristianismo primitivo, dicen, los de la Edad Media, tienen grandeza; se nos representan con alguna majestad: estos Santos antiguos son

altas estátuas de orgulloso continente, representacion de los caractères del ideal de la naturaleza humana. Pero los Santos modernos son otra cosa y tienen á lo que parece un *aire enfermizo, mezquino, insignificante*, y, perdonadme la palabra, pues no hago sino repetirlo, un *aire raquítico*. Tales, segun se dice, la línea profunda que separa á los Santos mas lejanos de los mas próximos á nosotros.

Nosotros podríamos con alguna justicia, á nuestra vez, preguntar cual es, en su manto filosófico y en el siglo XIX, la majestad de los modernos Platones y de los modernos Sócrates que á tan profundas reflexiones se entregan. No tienen en su frente para engrandecer nuestro respeto la aureola de la antigüedad; pero no por eso les estimamos menos, y no tienen ellos la culpa de que no podamos considerarles á través de veinticuatro siglos. Acaso Sócrates y Platon si se presentaran ahora á nuestra vista, no hicieran mejor figura. ¿Por qué, pues, complacerse en rebajar tanto la fisonomía de los Santos modernos? Seguramente la figura de los Santos

adquiere del trascurso de los siglos un prestigio que los engrandece en el pensamiento popular, y comprendo que á los ojos de los hombres que quieran ante todo ser literatos y artistas, los Santos modernos aparezcan con menos majestad que San Pablo en el areópago. Pero esto, con respecto á la grandeza de los Santos, no es sino un punto de vista puramente estético, y seria rebajar la dignidad intrínseca del objeto, el discutir tan frívolas curiosidades. Considerados á la luz de la fé y aun á la luz de la simple razon y enfrente de la cuestion que nos ocupa, antiguos ó modernos, canonizados hace quince siglos ó canonizados ayer, los Santos son siempre los Santos, es decir, la humanidad engrandecida, el hombre elevado á mayor altura que su naturaleza.

Que el hombre de la literatura y de la arqueología, por las necesidades de su arte y de su profesion se ingenie para engrandecer ó achicar á su gusto la fisonomía de los Santos; que los encuentre magníficos con sus ropas talares, y miserables con sus vestidos modernos, lo siento, pero no me

admira. A ese hombre le falta un sentido, el sentido de la grandeza de los Santos. Ve su superficie, pero el fondo se le oculta, y su vida es para él un misterio. Afortunadamente este sentido de la grandeza de los Santos no falta en los pueblos cristianos; sea cualquiera la distancia de donde les miren, de lejos como de cerca, les ven con la misma aureola, les manifiestan el mismo respeto. Los Santos de todos los siglos les parecen invariablemente los mas grandes hombres de la historia, dignos de elevar con ellos mismos á la humanidad entera, y comunicándole su propio engrandecimiento.

Pero bajo nuestro punto de vista no está todo en engrandecerse; para ser verdaderamente *progresivo*, es preciso engrandecerse en el sentido del fin comun; es preciso llevar consigo la grandeza, pero la grandeza en el orden.

Las demas grandezas que el hombre puede realizar en sí mismo, no son grandezas esencialmente progresivas, porque no se han coordinado con relacion á ese fin. Grandeza en el pensamiento, grandeza en el arte, todo puede desviarse y se

desvia demasiado de su legítimo fin, y por estas desviaciones de la ciencia, del arte, la humanidad retrocede y recibe de aquellos á quienes saluda como á grandes hombres, profundas heridas. Sabios, artistas, todos la hieren con el arma que el genio pone en sus manos, y la humanidad á través de la historia, pasa cubierta de las cicatrices que le deja durante siglos, la gloria de los hombres ilustres.

Pues bien; la grandeza que nunca ha hecho retroceder un paso á la humanidad, es la grandeza de los Santos; la ilustración que nunca ha proporcionado una cicatriz á la humanidad, es la ilustración de los Santos. ¿Y por qué? ¡Ah! porque la ilustración de los Santos es una ilustración legítima, la grandeza de los Santos es una grandeza en el orden. La santidad es por esencia el hombre en la plenitud del orden, y por lo tanto en la plenitud de la perfección. La santidad no puede desviarse; si se desvia, ya no es el orden, ya no es la santidad. La santidad es el engrandecimiento del hombre, pero el engrandecimiento en el sentido del fin común; es una

elevación y una marcha de la vida; una elevación de la vida en sí misma, marcha de la vida hácia su fin.

Si no miráis sino á la superficie, esto os parecerá muy poca cosa, y sin embargo lo es todo. Si el progreso continúa siendo para nosotros un enigma, un misterio, una mentira, es porque no comprendemos esta armonía de las cosas, tan sencilla y tan profunda á la vez. El progreso es un paso hácia adelante, y un paso hácia adelante es un paso hácia el fin, que es lo que dijimos hace dos años.

En este crepúsculo de las inteligencias en que nos vemos envueltos á causa de las sombras de tantos sistemas y de las tinieblas de tantos errores, ¡ah! os lo suplico, no perdáis de vista esa pura estrella del fin último, que es la única que os hace conocer la marcha de los siglos, como la estrella polar os hace conocer el movimiento de los soles que marchan en el firmamento. Y así como este brillante ejército se mueve en los campos del espacio para cumplir su destino, así también marchan en el orden para al-

canzar el fin y descansar en Dios, esa es, lo afirmo, la ley del progreso.

Habéis aceptado esta definición del progreso: *la libre gravitación de la humanidad hacia Dios*. En este movimiento libre y voluntario por medio del cual el hombre secundado por el soplo de la gracia se mueve hacia el centro que le atrae, cuanto menos se aparte la humanidad de la vía recta, más bella es su armonía, más rápido su progreso. La vía del progreso verdadero es la línea recta que va de la humanidad á Dios. Todos los sistemas juntos no pueden rebajar esta geometría que se descubre en el fondo de la moral, y que contiene como una base eterna todo el edificio del progreso: el progreso es la línea recta de la humanidad.

Ahora bien, los Santos porque son Santos, son esencialmente los hombres de la línea recta, su vida es un vuelo hacia el fin. Aun cuando se bajan para salvar una dificultad, no se separan de ella, son los únicos hombres que no conocen tales *separaciones*. Cuántos sábios, cuántos políticos se separan de la rectitud que con-

duce á Dios, al hombre creado para llegar á Dios. Los Santos no se separan nunca, nunca dejan su camino, y el camino que siguen los Santos es el mismo que tiene que pasar toda alma que busca á Dios; camino real del progreso, del que la vida no puede retroceder ni ser retrógrada, ni puede avanzar sin ser progresiva; camino en que siempre se sube, pero recto, y trazado al hombre por el dedo de Dios, á través de los abismos de la creación; camino que no se puede abandonar enteramente sin rodar de caída en caída hasta el infierno, último término de todas las decadencias; camino que no se puede seguir hasta el fin sin marchar de perfección en perfección hasta el eterno abrazo de Dios, término supremo de todos nuestros progresos.

Pues bien; este camino, que puede ser llamado el gran camino de la humanidad, los Santos lo siguen sin desviarse ni á la izquierda ni á la derecha. ¡Ah! ¿No los veis desde aquí á esos jefes del progreso verdadero del mundo, á esos conductores ilustres de la humanidad? ¿No los veis marchar, sin desviarse del cami-

no, fija la mirada en lo infinito, fijo el corazón en el Eterno? Suben hacia su divino centro, suben ellos los valientes, ellos los perseverantes, ellos los heróicos. A su alrededor hombres y pueblos se separan del camino; caen rodando lejos del término y al fondo de la decadencia; los Santos suben siempre, suben con la cruz sobre las espaldas el camino del Calvario, el único que conduce al término, y gritan al subir con la voz de sus ejemplos á las generaciones que le miran; «Vá-
»mos, hermanos, dadnos la ma-
»no, vamos al centro, al tér-
»mino, á Dios, al progreso.»

Responded al llamamiento de los Santos, marchad, seguid sus huellas; son vuestros jefes en la carrera que quereis emprender; siempre les encontrareis en el camino del verdadero progreso. Aceptad la mano que os tienden, conoced, amad, frecuentad á los Santos, uniros de corazón á esos hombres que solo se unirán á vosotros para llevaros á la perfección en que se encuentran.

III.

Como los Santos, á fuerza

de mirar á su Divino Modelo, se forman poco á poco á semejanza de Jesucristo, los pueblos cristianos, á fuerza de sentir sobre ellos la influencia de sus ejemplos y el brillo de su santidad, se forman á semejanza de los Santos, y suben con ellos por la imitación comun hacia el ideal comun, hacia una comun grandeza.

iv Para medir en toda su extensión el vuelo prodigioso que la vida de los Santos ha comunicado y comunica al progreso moral de las naciones, seria preciso mostraros bajo un solo golpe de vista la acción de la santidad bajo todas sus formas y en todas sus condiciones. No pudiendo abrazar los pormenores, me limito á mostraros la influencia progresiva de la santidad, bajo las tres grandes formas que las reasumen todas.

v En primer lugar, descubro como la principal palanca del progreso moral de las naciones cristianas, la acción de la santidad *sacerdotal*.

vi El sacerdocio católico exige en todos aquellos que reasumen su formidable peso, la perfección católica en un grado superior, es decir, la santidad como la hemos definido en su

sentido mas general. La santidad no es solamente para el sacerdote un ornamento, una gloria, una aureola, es la condicion normal de su vida. Lleva la santidad en su nombre, porque debe llevarla en sí mismo. El carácter, las funciones, el sacrificio, la comunión de todos los dias; todo en él no solamente llama, sino supone la santidad. Si el cristiano vive en lo divino, se mueve en lo divino, respira en lo divino pues que vive, se mueve y respira en Jesucristo: ¿qué diré del sacerdote? El sacerdote es la representacion oficial de la santidad de Dios entre los hombres, es el embajador de Dios, es el hombre de Dios, es decir, lo que hay de mas grande y mas santo en la humanidad.

Tal es la ley de nuestra vida que proclamo delante de mis hermanos en el sacerdocio, y delante de vosotros, mis hermanos en el cristianismo. Esta confesion puede humillarnos, pero debéis oirla. Sí, la vocacion y la ley de nuestra vocacion es *ser Santos*. Y estais tan convencidos de ello, que cuando el sacerdote católico nada tiene en su frente que

anuncie al Santo, os aparece como un ser desconocido; y cuando le falta la virtud completamente, cae en vuestra opinion mas bajo que el mas vulgar de los cristianos, y mas bajo en vuestra estimacion que el hombre mas criminal; llega á ser una cosa que no tiene nombre en el lenguaje, ni rango en la creacion, ni lugar alguno en vuestro respeto. A pesar de la multitud de cosas venerables que vuestra fé descubre en él, os parece destituido del poder de inspirar respeto; y le despreciáis como no despreciaríais á otro ser igualmente envilecido. Hasta tal punto aparece monstruoso el vicio en el sacerdote; hasta tal punto llega la conviccion de todos de que la santidad es en el sacerdocio una condicion normal, una ley de su nobleza.

Ahora bien: sostengo que es imposible que una institucion por el estilo, al esparcirse por la tierra, no imprima á la humanidad un fuerte impulso hácia la grandeza moral. En Francia somos cuarenta mil sacerdotes. Ignoro cuántos haya en el mundo católico, pero supongo que sean doscientos mil. ¿Quiere decir esto que todos

seamos Santos? No; pero quiere decir: hé aquí doscientos mil hombres obligados, en virtud de su profesion, no solamente á la probidad y á la justicia, sino á la santidad; doscientos mil hombres que han jurado no contentarse con ser hombres honrados ni cristianos vulgares; doscientos mil hombres que han jurado sobre el altar en que adoran á Jesucristo destruir el reinado del mal sobre la tierra, aceptando la obligacion de combatir todos los vicios, y de fomentar todas las virtudes. ¿Existe en el mundo alguna institucion organizada tan directa y tan poderosamente para el progreso moral de las naciones?

Decís: todos los sacerdotes no realizan el ideal sacerdotal. Teneis razon, y este es un triunfo que cantan la impiedad y la mala fé para mejor escandalizar á los pueblos. Pero no es esa la cuestion: aunque un sacerdote se manche de crímenes, la institucion permanece con su carácter y su vocacion de santidad, y dada la debilidad de la naturaleza y la pureza de la institucion, hé aquí lo que debe resultar: por un lado, prevaricaciones parciales que hacen

retroceder á los hombres, y por otro, un vasto y conjunto movimiento que hace crecer á la humanidad. Contad, en diez y ocho siglos, todos los sacerdotes fieles á su vocacion dos veces santa: contad á aquellos que por la oracion, la palabra, el sacrificio, las obras, han trabajado y trabajan para el perfeccionamiento moral de las generaciones; pensad en que ese sacerdocio católico tiene para desplegarse los espacios y los siglos que coloca en el fondo del corazon, en el mismo centro de la vida humana la fuerza de su accion, y os conmoverá la inmensidad del impulso que hácia su perfeccionamiento ha debido recibir la humanidad por la grande é incomparable institucion del sacerdocio católico. Y al medir la estension, la fuerza y la direccion de esta influencia, podreis calcular lo que debe creerse de lo que nos prometen aquellos que quieren inaugurar su marcha sobre las ruinas de la gerarquía católica, y sueñan en regenerar al mundo con la sangre del sacerdocio cristiano.

Paralelamente á esta grande institucion, en que la santidad sacerdotal y gerárquica da al

mundo moral tan fuerte impulso, se desarrolla otra, que ejerce sobre el progreso moral de las naciones cristianas, una influencia análoga: la institucion de la *vida religiosa*. La santidad cristiana, bajo esta segunda forma, toma para el perfeccionamiento moral de las naciones una parte que creo deber señalar á mi numeroso é inteligente auditorio.

(Se continuará.)

VACANTES DE CURATOS.

En 17 de Mayo, vacó el curato de Acera por defuncion de D. Blas Ivañez.

En 7 de Junio, vacó el de Candanedo de Fenar por muerte de D. Manuel de la Iglesia.

En 7 de Julio, vacó el del Salvador de Gordaliza de la Loma por promocion de D. Raimundo Martinez, al de S. Andrés Apóstol de Villalva de la Loma.

En 17 de id. el de Reñedo de Valderaduey por defuncion de D. Benito Fernandez.

En 16 de Agosto, vacó el de Saelices del Rio, tambien por defuncion de D. Tomás Herro.

En 28 de id. el de Santa María del Monte por muerte de D. Pedro Martinez de Lera.

ANUNCIOS.

Los Sres. Eclesiásticos que quieran adquirir el *Directorio del Sacerdote en su vida privada y pública*, podrán pedirle á la Secretaría de Cámara, obligándose á aplicar una misa por cada ejemplar, ó abonando la cantidad de 5 rs.

En la imprenta y librería de este Boletin, calle Nueva, n.º 5, se hallarán las obras que han de servir de testo en el Seminario Conciliar.